

Ramón Fernández-Larrea
CUBA A LA CARTA



De la presente edición, 2019

- © Ramón Fernández-Larrea
- © Editorial Hypermedia

- © Prólogo: Enrique Del Risco

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Maquetación y corrección: Editorial Hypermedia
Imagen de Portada: Alberto Morales Ajubel
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-48-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*En mi bolsillo traigo cartas estrujadas
que me escribí yo mismo
para engañar mi soledad*

Fajad Jamís, «El ahorcado del café Bonaparte»

RAMÓN, EL HOMBRE QUE AMABA LAS CARTAS

No les crean a los comediantes: hacer reír es fácil. Se puede conseguir hasta sin desearlo. Basta dar un mal paso, literalmente. Andamos por la vida desesperados por reírnos, por desatascarnos esa mueca que el tedio nos ha esculpido en la cara. Aunque sea por relajar nuestros músculos faciales. Por eso estamos dispuestos a reírnos de cualquier ridiculez. Incluso de las desgracias. Sobre todo si son ajenas y tenues. En cambio, hacer humor es bastante más difícil. Porque el humor ya no es un acto reflejo ante el tipo que resbala y se cae en medio de la acera sin hacerse un daño apreciable. En el humor se pasa de ejercitar los músculos faciales por reflejo más o menos condicionado a reaccionar cuando se entiende o se cree entender algo. El humor es la risa que pasa por el cerebro. La que lo despierta de sus rutinas abriéndole camino a un nuevo juego de sinapsis. Y nos desacostumbra a reaccionar siempre del mismo modo ante las mismas cosas para permitir que nos riarnos de lo que hasta ahora no le encontrábamos gracia.

Lo que hace grande a un humorista, o simplemente lo que lo hace humorista, es enseñarnos a reírnos de lo

que antes nos parecía asunto serio. O enseñarnos un nuevo modo de reírnos de cosas de las que ya nos reíamos. Pasa el tiempo y nos parece lo más natural del mundo reírnos de ciertos asuntos, mientras nuevas generaciones de humoristas buscan otros modos de burlarse de nuevos temas. Algo así le ocurrió al humorista cubano Héctor Zumbado cuando en su columna semanal «Limonada» comenzó a burlarse, a principios de la década del setenta, no de los personajes típicos que trabajaba el costumbrismo nacional sino de los que estaba engendrando la entonces flamante sociedad socialista. Alguien que nos decía, de manera discreta pero transparente, que las nacionalizaciones impulsadas por la llamada Ofensiva Revolucionaria de 1968 no solo creaban nuevas relaciones de propiedad sino nuevos tipos de seres humanos y una nueva realidad en la que el sabor del pan o de las croquetas no se correspondía con el sabor de la cosa en sí. Porque el gran Zumbado no se limitaba a descubrirnos nuevos objetos de burla sino nos mostraba una manera más culta, mejor informada, de reírnos de ellos, de hacernos digerible esa realidad sin permitir engañarnos.

Algo parecido ocurrió con el poeta Ramón Fernández-Larrea un par de décadas después, al crear para Radio Ciudad Habana *El Programa de Ramón*. Ya los chistes sobre panes, croquetas y burócratas no le hacían gracia a casi nadie y Ramón decidió, cual radial Alfred Nobel, crear su personal fórmula de la dinamita, a base del recién despenalizado rockanrol y un humor que no parecía conocer límites. Y claro que los tenía porque Ramón, a sus vocaciones aparentemente opuestas de poeta y humorista, no estaba dispuesto a adicionarle la de mártir. «No tiene madre, se ríe de todo» es posible-

mente el mejor elogio que puede recibir un humorista y era el cumplido que a diario recibían Ramón y su Programa en una Habana en la que estaba prohibido reírse de casi cualquier cosa empezando por funcionarios y dirigentes, y terminando por el sistema que representaban. El código penal cubano de diciembre de 1987 establecía establecía que quien «de cualquier modo ultraje u ofenda, de palabra o por escrito, en su dignidad o decoro a una autoridad, funcionario público, o a sus agentes o auxiliares [...] incurre en sanción de privación de libertad de tres meses a un año o multa de cien a trescientas cuotas o ambas» y si se trataba del «Presidente del Consejo de Estado, al Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular, a los miembros del Consejo de Estado o del Consejo de Ministros o a los Diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular, la sanción es de privación de libertad de uno a tres años», después de ser hervido en aceite, claro.

Luego las cosas empeoraron al punto en que desapareció *El Programa de Ramón*. O mejoraron, depende como se mire, porque también desapareció el aceite con el que freír humoristas. O un simple huevo. (De gallina, no de humoristas, aclaro). Llegó el momento en que Ramón se cansó de ver desaparecer cosas y decidió desaparecer él mismo y reaparecer en las islas Canarias que pueden o no ser parte de España, depende del punto de vista del observador. Allí Ramón decidió reinventarse el humor. Reírse de cosas de las que los cubanos no estábamos acostumbrados a burlarnos. Al menos no en público y suscribiendo la burla. Y entre las tantas cosas a las que los cubanos no estábamos acostumbrados a burlarnos estaban la Historia y la Cultura cubanas. Con Mayúsculas. En parte porque los cuba-

nos no tenemos mucha idea de nuestro pasado o nuestra cultura. Tres o cuatro nombres, un par de fechas y para de contar. En parte porque los chistecitos nos pueden costar la cárcel. Dice nuestro vigente código penal que el que «públicamente difame, denigre o menosprecie [...] a los héroes y mártires de la Patria, incurre en sanción de privación de libertad de tres meses a un año o multa de cien a trescientas cuotas», con lo que cualquier broma pública sobre un prócer puede privarnos de un poco más de libertad de la que usualmente carecemos. Y en la parte de afuera de la isla, esa que algunos llaman «exilio» y otros, más bíblicos, «diáspora», en aquellos días tampoco se veía con buenos ojos burlarse de las glorias patrias. Aunque no tuvieran a mano un código penal tan sensible como el que opera intramuros.

Pero para tipos como Ramón el modo más seguro de que hagan algo es decirles que está prohibido. Y fue así como a principios de este milenio comenzó a escribir aquellas cartas en las que se dirigía a patriotas como Rafael María de Mendive, Mariana Grajales o Bonifacio Byrne. A glorias nacionales como el ajedrecista José Raúl Capablanca, el boxeador Kid Chocolate, el esgrimista Ramón Fonst, el médico y epidemiólogo Carlos J. Finlay. O a glorias internacionales como el escritor Franz Kafka, el psicoanalista Sigmund Freud, el general Panfilov o el inventor Antonio Meucci. O a músicos (que constituyen para los cubanos un panteón aparte de la gloria nacional) como Dámaso Pérez Prado, Ernesto Lecuona o Brindis de Salas. O a personajes legendarios como Mama Inés, Papá Montero, la Macorina, Salvador Golomón, Matías Pérez, el Médico Chino, la Virgen de la Caridad y Elegguá. O a objetos de la nostalgia

generacional como la Maleta de la Escuela al Campo, la Cuchara de Calamina, los Casquitos de Guayaba o los Vasos de Perga. Cartas en las que Fernández-Larrea extrañamente le contaba a su interlocutor los momentos más significativos de su propia biografía (y de paso darle la oportunidad al lector despistado de enterarse de quién se trataba) para a continuación cuestionar al objeto de su carta sobre el sentido del pasado cubano y sobre todo del presente. Un presente que empezó en 1959 y que sesenta años después no acaba de convertirse en pasado por anacrónico que nos parezca. Y todo esto con una inquietud verbal que los cubanos no conocían desde el gibarolondinense Guillermo Cabrera Infante y una capacidad para el juego de palabras inédito en la especie.

Si hace dos décadas era un milagro ver aparecer semana tras semana, en las digitales páginas de *Cubaencuentro.com*, aquellas cartas desternillantes que leíamos apenas aplacada la risa de la anterior, disponer ahora de todas aquellas cartas reunidas y revisadas es lujo doble. Sospecho que la publicación de esta correspondencia reunida nos confirme que aquella sorpresa digital de hace veinte años ya es un clásico nacional al que generaciones de cubanos acuden, urgidas por diversas razones, a leerlas con previo fervor y misteriosa lealtad, al decir del ciego que tanto veía. Sospecho que ahora entendamos mejor que antes por qué un poeta reconocido como Ramón Fernández-Larrea alguna vez dedicó su tiempo a cartearse con un manjuarí o con las croquetas que tenían la extraña costumbre de incrustarse en el cielo de la boca. Porque, como dije antes, descubrir nuevas maneras de reírse es una de las hazañas más complicadas que existe, por mucho que no se

retribuya bien. Decía León Tolstói que «si me dijeran que dentro de unos veinte años los que ahora son niños leerán mis escritos, y que esa lectura les hará reír, llorar y amar la vida, dedicaría todo mi tiempo y todos mis esfuerzos a esa tarea». Claro, eso se lo podía permitir Tolstói porque era conde, poseía una finca y no estaba obligado a pagar alquiler. Agradecámosle a Ramón, que ni es conde ni le perdonan el alquiler, que haya dedicado algún tiempo a redactar estas cartas con las que reírnos ahora como hace veinte años.

Enrique Del Risco

CÓMO INVENTÉ LA ISLA DE CUBA

En el verano de 1995 salí de Cuba rumbo a España. Llovía. Se terminaba el mes de junio, y en la isla, el llamado «período especial» parecía no tener fin. Cuando aterricé había escampado, no había período especial ni apagones. Tampoco pasta de oca.

Después de unos días en Madrid, y por invitación de dos grandes amigos, volé a Tenerife, Islas Canarias, y allí tuve dos decepciones sucesivas y demoledoras: la primera fue descubrir que lo que había hecho era simplemente cambiar de isla, de una grande a otra más pequeña. Comprendí literalmente qué significaba «cambiar la vaca por la chiva». Tenerife se recorría completa dándole una vuelta a la manzana.

Y esa fue mi segunda decepción: cuando terminé de dar la vuelta a la manzana me di de bruces con un grafiti de algún independentista isleño que decía: «Canarias no es España».

Mareado por el descubrimiento y por haberle dado la vuelta a la manzana con tanta rapidez, me senté a pensar, destruido, conmovido y confundido, preguntándome: ¿Y entonces dónde coño estoy?

Lejos de todo, con la isla de Cuba desdibujándose en la memoria, y tal vez porque en aquellas islas jamás llovía, comencé a parecerme a la novela que se me ocurrió escribir. Se titulaba «Los pedazos de Dios», y contaba la historia de un empresario canario venido a menos, bastante crédulo, necesitado de un triunfo económico urgente, que encontraba en un bar a un listo exiliado cubano que le vendía la idea de encontrar los pedazos de Dios para armarlo y producirlo a nivel industrial.

Más allá del argumento disparatado había una razón humana: el protagonista se parecía demasiado a mí.

En las noches de alcoholes y nostalgias escribía cartas a personas, lugares y cosas de su país, y así iba inventando una Cuba distinta donde parecía —parecíamos— vivir sin demasiados problemas, volando sobre el humor y la historia. Una historia distinta a la que habían empezado a contar y a transformar, a ocultar y distorsionar los que se habían adueñado de su país real, y que le obligaron a vivir desde entonces en ese otro país ideal que se fue haciendo el único posible: el de la desacralización y la risa.

Cuando mi amigo Jesús Díaz buscaba contenidos para su proyecto *Cubaencuentro*, portal electrónico de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, me propuso que escribiera una columna de humor.

Ya era Barcelona, esa ciudad que también había inventado para mí, pero que existía a pesar de todas mis irrealidades. Mi esposa Magdalena, tan alta y tan clara, me dijo de manera clara y alta que no me rompiera la cabeza (ella se ocupaba usualmente de hacerlo), porque las columnas que me habían pedido eran, precisamente, las cartas que escribía aquel hombre que en el fondo era yo, que de tan alejado de Cuba decidió inventarla, y escribir a las cosas que recordaba y otras que estudiaba para aprenderlas y

aprehenderlas y no depender, de esa manera, de mesías enloquecidos, gobernantes egocéntricos, próceres entumecidos y toda la caterva de hijos de puta que se creen, de pronto, dueños de una isla, de un concepto de país, de tu vida e, incluso, de tu pasado y tu porvenir.

Así que, me di a la tarea (ya me había dado a la bebida desde antes, pero la dejé) de inventarme un país, que resultó ser el país que llevo desde entonces a todas partes, porque yo, como José Martí, declaro, con humor y muy seriamente mi libertad con aquellos versos suyos que dicen: «Yo vengo de todas partes/ y hacia todas partes voy».

Y en la mochila y las tripas, ese país que parí, conocí, inventé y ahora les brindo a ustedes.

He dicho.

Ramón Fernández-Larrea

CARTA AL INDIO HATUEY

Querido Indio Hatuey:

La última vez que te vi fue en el aeropuerto, de perfil, y se te veía la pluma.

Creo que tu historia habría cambiado mucho si los españoles que te tocaron hubieran sido menos fogosos. Pienso que, si en vez de querer, a la cañona, obligarte a ir al cielo, te hubieran invitado a su país, a su casa, a conocer a su familia, se hubieran evitado muchas ardentías. Y a ti qué más te daba pasarte un tiempo en La Coruña. Por otra parte, todavía no entiendo aquel afán de hacerte cruzar las nubes, si ellos no eran de la NASA. Ahora las agencias de viaje, te enseñan al menos un par de fotos del destino turístico, que no es lo mismo ir a un lugar, aunque sea al mismo cielo, sin saber si hay agua caliente y fría, o si el desayuno está incluido en la media pensión.

Tampoco entiendo la obsesión española del cielo contigo, si allí no pueden invertir.

Y entonces pasó lo que pasó, y te metiste en candela. Creo que inauguraste una costumbre bastante peligrosa: te

quieren mandar pa un lado y tú dices que no, y te pones a hacer preguntas, que si patatín, que si patatán, que quiénes van, que por qué fulano no hace lo mismo. Eso es estar envuelto en llamas al seguro. Después de lo tuyo, ha habido un montón al que le pasó lo mismo. Tú quedaste medio crudo comparado con otros casos. Hasta un general, que incineraron porque se metió en camisa de once balas. Y eso que a tu caso no se le dio mucha publicidad, porque eran tres o cuatro, y a lo mejor fue a una hora de poca audiencia.

Ya después vino lo de la cerveza, y la gente empezó a respetarte menos. Porque en la isla, lo peor que te puede pasar es que te tiren a mondongo. Empieza la burlita y de eso no se sale así como así. O le importas tres pitos a la gente, y entonces te tienes que comer un tren caminando para volver a los muñequitos. Que lo del caso tuyo te digo fue con gente bruta, que decidieron quemar por lo sano, pues todavía no se había inventado el plan payama. El plan payama es lo mismo, pero a fuego lento.

Lo único que quedó de tu gente, aparte del Conjunto Caney y el Indio Naborí, fue la pelota y el tabaco, porque hasta el casabe empezó a perderse también. Fíjate que eso de que «entre pan y pan, casabe» suena a chiste. Ah, y también dos o tres frasecitas sueltas, como eso de «darle jan», que quiere decir «entrarle virilmente a mujer o cosa»; «vivir en el país de la siguaraya», o «andar en el guabineo». Pero la cabuya no alcanza para el curricán. A pesar de que el behique de ahora quiere ponerlo casi todo en tu idioma: que si areíto, que si cubanacán, que si habanautos. Y hasta una palabrita bastante costosa, por cierto: cohiba, que significa, más o menos: «conuco para cayucos donde no pueden entrar los de la tribu». Ahora todo lo bueno viene en la lengua de ustedes. Y la gente se pregunta por qué el Siboney o el Guayabo Blanco no se declaran Segunda Lengua Oficial.

Y al final, alégrate, porque lo tuyo fue rápido, que hay otras maneras de asarse, más modernas e incómodas, como estar ocho horas bajo el otro indio, escuchando el cuento del behique del que te hablaba. Ese también está quemado, pero de otra manera. Es más un tueste natural, que tiene que ver directamente con lo cerebral y no con la parrilla. Porque el idioma ha cambiado mucho, y tiene su vueltabajo y su vueltarriba, como el tabaco.

En esto del lenguaje moderno a ti te quemaron, que es distinto y diferente. De modo que tú eres un *quemado*, y el que te cuento está *quema'o*. Como una hornilla, vaya.

También no fue tan malo que tu gente no se superara mucho y llegara a las Altas Culturas. La vida siboney era tan reposada que hasta Ernesto Lecuona la envidiaba un poquito. No es tan malo ser recolector, eso lleva su paseo bucólico por el campo con una india tal vez, y se convierte hasta en un juego: «Mira un mango», «Mira aquella guanábana», «Mira cuántas guayabas». Y las jutías revoloteaban entre las papayas. Y los almiquies no se habían mudado todavía para Baracoa. Claro que también tenía su inconveniente, sobre todo cuando se iba a recolectar con indios de otra brigada. Porque si en el mismo *team* caían indios de occidente e indios de oriente no se sabía muy bien si se iba a buscar papayas o frutabombas.

Y lo que a lo mejor era un zapote, resultaba un mamey. Pero era lindo después de todo. Y sin guía de campo, ni jefe de lote. Después la cosa cambió un poco, porque a las jutías les cortaron las alas, y donde había guanábanas sembraron caña. Que es una cosa verde que no se recoge así de jamón.

Y te decía lo de las Altas Culturas y haberse quedado solo en Siboney o Taíno, porque ya lo otro tenía más atractivo. Lo otro llevaba pirámides y templos del sol y muchas *haches* intermedias en los nombres, y hubieran caído más extranjeros a quemar gente, europeos de otras marcas a confundir con

sus idiomas. Estos que te hicieron la fogata a ti, construyeron un par de cosas como la Catedral y el Centro Vasco y se marcharon. Aunque parece que están regresando a recoger zetas. Eso de las Altas Culturas me costó a mí una expulsión del aula, porque se me ocurrió mencionar que eran los Incas, los Aztecas, los Mayas y los Indios de Cleveland. Me rebotaron contra las mallas, que no eran indígenas.

Después de ti aparecieron otros indios famosos, como Guamá, Caupolicán, Rock Hudson en una película, Caballo Loco, Toro Sentado, Gerónimo y Carlos Gilí un tiempo a las siete y media de la noche. Ah, y también Túpac Amaru, al que los gallegos cogieron y como parece que no tenían fósforos no lo quemaron, sino que lo amarraron a unos caballos y lo desguabinaron como a un muñeco de los Camejo cuando quisieron acabar con el Guiñol de La Habana. Al Túpac le amarraron un caballo a cada brazo y un caballo a cada piedad, y gritaron ¡sooo; o ¡arreee; y se lo arrancaron todo. Pero él era fuerte y aguantó buen rato hasta que los animales le quitaron los pedazos. Porque eso de que te arranque algo un caballo es tremendo. Y eran cuatro caballos. A mí uno solo me quitó la casa del Vedado del primer relincho.

Y no te doy más tabarra para que no te acalores demasiado, que tal parece que estoy echando leña al fogón. Otro día hablamos de la Luz de Yara y todo eso. Solo decirte que te llevo cantidad, mi hermanito. Que lo de indio no se nos quita tan fácil.

Y no le des cráneo a lo del aeropuerto, que tú estabas trabajando en otra área.

Y que Mabuya nos coja confesados,

Ramón

CARTA A MAMÁ INÉS

Cafetera y ayayística Mamá Inés:

En realidad llegó un momento en que no todos los negros tomaban café, pero no se me sulfure por eso. No ha sido racismo, sino un racionamiento poco racional, una especie de apartheid bajito y unánime que toca a toda la raza humana, por lo menos a la que está emplantillada en la Isla, un chapeo parejo y tobillar, una especie de enfermedad ideológica de la matica que dejó sorprendentemente de granular, para que el chícharo agarrara preponderancia en la dieta. Si continuara por esa vereda, medio tropical y seguramente nueva, llegaría hasta a escribir un tratado de ese contrapunteo cubano entre el cafeto y el chícharo tostado, y seguramente se me ocurrirían términos bastante decentes y científicos, como que todo fue una «sustitución gástrica», una «amabilidad papilar», o una «amable cesión de paladar», no aprobada por ninguna sesión oficial de ese organismo construido paladar la razón a un jefe. Pero no es el caso, mi negra, que andas tú desde el año de la bomba dándole al «cachumbambé, la vieja Inés/ que fuma tabaco y toma café», en nuestro eterno y retornable

tema infantil, que suena a burlita a esta altura del cohiba. Cohibidos somos y descafeinados andamos. A veces también pienso —luego, existo, porque estoy lejos— que todo es una majomía siquiátrica. Como el chícharo está, literalmente, «tostado», no es responsable del acto de sabotear al café. ¿O es que los dos perdieron la cordura? Pero, volvamos a ti, que por ese camino me desgranulo, me canto a mí mismo y no salgo del calderito.

Porque, y siempre hay que poner los puentes sobre las encías, no fuiste mártir —que eso otorga derecho de *cake* en los aniversarios a la familia—, ni luchadora por los derechos de nada, ni tuviste aparición de virgen, platillo o extraterrestre bíblico. Sé que anduviste por este mundo llenita de carne, hirviendo malangas y sus derivados, ofertando, con mucha dulzura, nodrizamente, tus tetas (un esfuerzo nodrizo, ay que me erizo, piquitipuncuá), colando café del bueno, cuando un buchito era un buchito y no el matarratas que algo más allá de la modernidad nos ha impuesto.

Eres, al fin y al cabo —y no me refiero a la breva o al mocho— una estampa. Algo estampado en nuestra memoria colectiva, que huele a música y suena a cafetazo prieto y fuerte, en la cocina de cualquier casa, antes de que nos volviéramos autistas sin auto, epilépticos de las ideas de un solo tipo, que seguro desprecia, en su intimidad, lo mullido de tu estalaje y ha provocado la estampida. Lobo estampario que es.

A tu redondez emblemática me dirijo entonces, que aunque llueve mucho, un día estampa. Lo hago de pie, o más cómodo, pero nunca de rodillas, por aquello que dijo uno antes del chapuzón, entusiasmado y sin olerse que lo iban a dejar fuera de la siguiente colada: «de rodillas nos pondremos una vez, y una vez inclinaremos nuestra frente...». Y parece que a alguien se le olvidó dar el «de pie». Así

que vamos a cuidarnos los meniscos, que los mariscos se fuñeron. Por lo que, tieso y parao, con el corazón hecho una manga para construir aquel café carretero de antaño, el mismo de «compay, apéese de la bestia y arrime el taburete, que acabo de colar», voy a agrandar tu estampa, a abrirla a los ocho puntos claudia cardinales, a darle lija y relumbre, para que la caridad nos cobre.

No hay duda alguna de que apareciste en la Isla fruto de aquel turismo forzoso que resultó ser la trata. Dicen que las tratadas huyen del barco cuando la cosa se pone fea, pero los de tu paquete no podían hacerlo. Ya venían con alojamiento y media pensión, y un recorrido mínimo de la mocha a la carreta, con alguna visita ocasional a monumentos históricos, si les tocaba cepo. Obligada a formar parte de una nación, tu raza se fue acomodando con dolor, al paisaje, a la lengua y a nuevos oficios que cambiaron su futuro, síá cará, «aquí etamo to lo negro/ que venimo a rogá/ que nos concedan pemiso/ para cantá y bailá». Síá cará otra vé, mi yijo, tú tá ñeque. En un cambio sorprendente, muchas como tú pasaron de la trata a tatas, tetas de por medio, y la vigorosa leche conga y lucumí enriqueció la endeble dieta de los pichones de peninsulares, que estaban de patatas, habas y cebolla hasta el cogollo. Que el chorizo no da para crecer.

Engrasa el esqueleto, pero no le da solidez. Los callos no aportan calcio. Así te convertiste, además de artífice de hechuras ancestrales para papiar, en papiamento individual, vaca prolija, amamantadora de una nueva especie criolla: el comebola con casimir y alpaca. Una trabajadora láctea, con pañuelo en la cabeza. Una oscura lechera con patas y un gran tabaco en la boca. Del cocuyo no se habla mucho.

Figurante medio anónima, anónima en pena, pero si uno se pone a mirar bien, eje del funcionamiento de toda casa señorial que se respetara, porque sus mercedes no le

echaban ni «maí a lo pollo, cualquiera rompe un yoyo», tu ambiente era el humo y la ceniza, el puchero hirviente, las brasas, la química secreta de los mejunjes, los adobos y los colaos. Y un cantazo esporádico, digno y divertido, con el calesero, cuando había fiesta, o, en el peor de los casos, el amitosumercé que venía a limpiar el arcabuz, a enterrar el hierro en tierra extraña y ardiente, porque la parcela que le tocaba era sagrada y bastante fría.

Así que, hasta con sufrimiento, metiste otro aporte esencialísimo en la receta de una nacionalidad y en las atracciones feriales del turismo futuro: responsable —según se dice— de «adelantar la raza», sacaste a la mulata de tu costilla ahumada. La mulata bailó en Tropicana o se casó con un italiano, y tú te estampaste en las etiquetas de la mayonesa, esa misteriosa salsa mallorquina que suele pasar a la clandestinidad con demasiada frecuencia. Pero entre caldero, tetazo nutritivo y colada: plancha. Pancha plancha con cuatro planchas, ¿con cuántas planchaspanchaplancha? Lechonga y cariño para el amito, que te bautizó Mamá Inés, la tata ideal, cuyo único defecto perdonable era el bravo olor a breva, hablar como Tarzán cuando tiene cistitis y esos rezos tan raros escupiendo aguardiente en las esquinas; y el «niño», que perdió gallegancia con tu calcio melonar, salía a la calle planchado y limpio como un pimpollo.

Que la grandeza de un hombre se mide por el talante de sus ideas, su discreción y el planchado de las mangas de la camisa. Si usted ve a alguien medio arrugao textilmente desde los puños al cuello, ya empieza a sospechar que tiene algo de hijodeputa o traumático. Aunque a veces las arrugas están en el mondongo cerebral. Y así llegaste a la canción.

Cómo no ibas a marcar para quedarte en la música, el cine, la radio y la televisión, con este currículo que a continuación escribiré, y que sería un batazo si te hicieran el cre-

cimiento del Partido, y más ahora, que permiten jugar juntos al dominó mental a Lenin y Oloff. Mira cómo te describen en la visión populachera («los zapatos del populacho, son de cartón/ son de cartón, de cartón»): «Negrita conga, voluptuosa, de cara linda, rumbera y simpática, desborda bondad y alegría». Estereotipo. Caricatura. Pura estampa. Eso seguro fue antes de aumentar tus límites geográficos y desbordarte torrencialmente bajo las sayas y sayuelas, el pañuelo rojo y las argollas de circo. Y el tabacón, siempre la bazuca humeante entre tus voluminosos labios, que en croata moderno se dice bemba colorá. Por ahí andan la Má Chepilla de Cecilia, mezclada con José Dolores Pimienta y la Mamá Dolores, de ese *hit* al jardín central que ha sido *El derecho de nacer*, uno de los pocos derechos que se mantienen en la Isla, aún no sabemos si para adornar la cartelera de éxitos o porque sobran pañoletas.

El intrínquilis de la cosa, que es como un pirulí con sabor a café, es que siempre has estado rondando lo penoso, es decir, cerquita de los Dolores.

Y pasó el tiempo y convoyado el pajarraco. Y de la casa señorial con sus anafes inmensos, al solar o ciudadela, o, para decirlo en sapingolo moderno la «casa en precomún», que suena a *koljós*, pero con más tambores. De la amamantación al desmamante, del seno a lo senil, de la lactancia al cuartico está igualito, con cortina de saco de harina, pero de castilla, que el yute huele a yeti en yate. El solar, cará, qué linda institución, embrión de la rumba y de la hermandad, toques de santo, repiqueteo de cajones, cucharas y afinaciones guturales. Su educativa promiscuidad, su entraysale, su yonovina y sitúsupiera. Tantas vidas vividas sin moverte del catre, guataca despabilada y profunda, sabiendo lo que han hecho los demás, lo que piensan los demás de los demás, lo que murmuran los demás de los otros demás, y cómo expulsan

los demás de su cuerpo todo lo que está de más. Ah, el solar, hondo nidar donde se ampollan todos los huevos, menos los de la libreta. Y todavía hay miserables que se empeñan en abandonarlo. Traidores que aspiran, solapadamente, a una micro en Alamar, ese tugurio. Cuando Alamar se llenó de chilenos, fue un tugurio allende los mares. Pero bajémonos del camello y regresemos a la cuartería.

Así estamos ahora, mi negra: del cepo al anafe y la calesa, que era un poco más suave que la gramínea y el bicho 'e buey, y al sonsonete del bronce en La Demajagua de nuestro padrecito, a la guámpara y el paraguay metiendo bembé patriótico y canchánchara en güira seca; y de ahí, al algodón, a la guayabera, al dril y a la vaqueta, la guinga y el látex; del barracón, mi yija, a la casa de vecindad, a reventar cajones de bacalado, para ser finodos. Pero siempre con un pero, pero siempre en segunda base y con el pícher ojo avisor, desde que aquellos dos señores, Arango y Parreño, nos advirtieran, y los cafeteros galos le espantaran al rigodón para inaugurar la tumba francesa en Yateras. Y nunca agarran cajita, porque en el cachumbambé que vino luego, sigues en la parte de abajo, mi vieja Inés, que te han puesto el tabaco en el pico del aura, y del néctar ni hablemos.

Te aviso desde ahora, el macuto no se aligera. Continúan siendo un problema: lucumíes, congos, carabalíes, mandingas, con sus nubias guedejas. Tanto muelle en el cráneo para terminar en el muelle. Y eso hay que analizarlo en otro anafe. Por ejemplo, como si resolviéramos la afectación actual de las aguas y arrecifes de la cayería Jardines de la Reina, que están en la fuácata por la urbanización y la pesca indiscriminada. Cuando uno indiscrimina la pesca y mete mano por el pargo de cola amarilla, que no es que tenga hepatitis, pero se asusta y se pone pálido de ñao al ver la indiscriminación del anzuelo, y cuando se atarraya también, siempre con in-

discriminación, a los tarpones plateados, los meros —que no por ser meros merecen ese trato— y se tumban matas para el despeje del turismo, siempre indiscriminando en esa indiscriminación, los meros y las lisas se acongojan. Bueno, pues ese es mi análisis del problema de ustedes para el futuro. No sé si he hablado claro y alto, porque con la lejanía, uno se pone bajito de sal. Hay que estar a la viva, que el cepo cambia de forma. Y a lo mejor ahora mismo escapas con tu estampa, porque hay público nuevo, que son los tataranietos de aquel amitosumercé que limpiaba el arcabuz en tu tatarabuela, los que sonríen mirándote en su puntual visita. Y tú le llegas al Montecristo, que esconde el otro Conde, te le pegas a Cachita, a Elegguá y a la n'ganga, y hasta tal vez dejas pasar un bisté cabizbajo, con tal de que tengan velas, para pedir, de nuevo, y otra vez, y hasta cuándo diosito, lú pa tu píritu, y «que nos concedan pemiso/ para cantá y bailá». Ya ves, se piensa aún que si no la haces a la entrada, la harás a la salida. Y toda salida es ilegal.

Así que por ahora, mientras no se enderece la tabla, Mamá Inés, pregunta, insiste, no bajas la guardia con tu hija, «pero Belén, Belén, Belén/ a dónde anda tú metía/ que en todo Jesús María yo te bucé y no te encontrá». A lo mejor Belén está aprovechando los meneos, y cambiando el cachumba para la estrella, que la montaña rusa no resolvió ni hostia. Y se te aparece, de pronto, con un Manolo de Burgos, o un Jordi de Vilafranca del Penedés, y escapas para salvar el tipo, que de una estampa no se vive todo el tiempo. Sobre todo ahora, que el que manda cambia las calcomanías a su antojo.

Descafeinado y sin fuma,

Ramón

CARTA A FRANZ KAFKA

Abrumado Franz Kafka:

Como sé que te pasaste la vida escribiéndole cartas a los demás, sabrás disculpar la mía. Y como yo te siento muy cercano, apretadito a mí, pechito con pechito, pero sin guasabeo, quisiera que me consideraras un hermano, casi como a tu socio Max Brod. Max o menos. Otro Max, o, para decírtelo en inglés: un *brod other*.

Te escribo fundamentalmente porque, si hay alguien en este mundo capaz de entender lo que normalmente pasa en mi país, ese eres tú, el Paquito de siempre.

Y sin hacerle ascos a la cosa, que todos llegaremos a cucarachón, por una vía o por otra. Que la sirigaña es evitar el zapatazo.

De modo y manera, como decía una tía mía, que te voy a soltar una especie de cuestionario, y tú me le marcas una cruz debajo, y si la cruz puede ser de Celia, entonces lo hacemos más musical.

A ver:

Caso 1:

Entras al baño de madrugada, y al encender la luz, desde la bañera te están mirando, arrobadas, un par de tilapias:

a— Haces lo que ibas a hacer sin alterarte.

b— Gritas como un judío que encuentra a Hitler sentado en la taza.

c— No ves las tilapias porque no hay luz a esa hora.

d— Te imaginas que son alumnas de Esther Williams.

(Aclaración: Las tilapias están arrobadas, no son robadas. Por otra parte, no son unas tilapias extremadamente grandes, sino normales, verdes y de un par de libras. Es decir, el niño de la casa no corre peligro de ser devorado, sino todo lo contrario).

Caso 2:

Entras al baño de madrugada, y al encender la luz, desde la bañera te observa el puerco que trajeron hace un mes de Mayajigua. El puerco se levanta al verte pero no dice nada porque le han operado las cuerdas vocales:

a— Piensas que hoy tienes que lavarte la cabeza.

b— Piensas que hay que llamar al veterinario para que haga lo mismo con tu mujer.

c— Te desmayas porque el puerco se ha comido el desodorante de cinco dólares.

d— Piensas que los puercos vienen cada vez con más educación.

(Aclaración: Si el puerco no se levanta es porque le han cortado una pierna y hay que asarla hoy, no vaya a ser que se eche a perder).

Caso 3:

Entras al baño de madrugada y encuentras un delfín echando un chorrito de agua por la cabeza:

a— Te acuerdas de Hemingway.

b— Piensas que vino a verte Elián González.

c— Hoy tienes que conseguir otra cámara de camión y una brújula.

d— Revisas bien no vaya a ser que haya un agente de la CIA dentro de la pasta de dientes.

(Aclaración: En el caso b, no olvidarte de preguntarle al puñetero chiquillo qué coño hace en tu casa. Si fue con el padre, intenta no hacer comentarios sobre el tamaño del pan de ese día).

Podría seguirte el cuestionario, pero se me está pareciendo a una planilla cuéntame tu vida. Por eso prefiero chapoletear normal y a lo cortico, ya que tú mismo dijiste eso tan lindo de que: «Por fortuna, la incoherencia del mundo parece ser de índole solamente cuantitativa». Y eso me deja más tranquilo.

Como me leí varias veces la sánsara de Gregorio, incluso alternándola con el manual de Afanásiev y un par de revistas coreanas, tengo una visión bastante destrozada e incompleta de la realidad. Pero hay algo muuuuuy en el fondo, que me dice que no pueden ser normales ciertas cosas, o cómo se asumen ciertas cosas, o el cariz con que hemos llegado a asumir ciertas cosas. Un ejemplo:

No hay pasta de dientes esta mañana (tampoco ayer, pero voy a hablar solo de esta mañana). Tu hermano entra al baño y te ve, frente al espejo, como dudando entre cortarte un escroto o ir a chapear la hierba del Latinoamericano. Y con un *swing* del carajo, capta la situación (no hay pasta) y te suelta:

—Uno de mi trabajo dice que con ceniza es igual. Pero ceniza de carbón. La de tabaco da mal aliento.

Tú lo miras, y en tu mirada hay un «ah» bastante agradecido por haberte enterado, y una pregunta así, tenue, como queriéndole decir: «¿Y de dónde rayos saco yo ceniza para lavarme ahora la boca?». Pero él se te adelanta, terminando de peinarse:

—El socio me va a resolver hoy un frasquito. Y también un polvito ahí para las caries.

Y tú le dices: «Ah», ya más tranquilo, porque habrá ceniza para lavarse los dientes mañana, y no preguntas ni siquiera qué tipo de polvito para las caries es, porque a tu hermano se lo va a resolver un socio que parece que sabe. Y a lo mejor el polvito para las caries es una especie de caolín y con lo que sobre se pueden poner a fabricar estatuas de Buda y venderlas. Y hasta sales del baño buscando con la vista alguna tabla donde ubicar las estatuas de Buda que van a fabricar, y ya les estás poniendo precio. Y te quedas de lo más calmado.

¿Qué te parece, Francisco? Así funcionamos. Ese es más o menos el mecanismo mental del cubano de hoy. Así hemos sembrado posturas de café en el jardín, quemado caballerías interminables de caña, inventado la tortilla *microjet*, de aire puro. Todo con el mismo entusiasmo. Sin preguntar ni coger lucha. Y si mañana alguien dice que el elefante del zoológico de 26 está triste, y que hay que pintarlo para que cambie el ánimo, se arma una asamblea muy seria para ver qué color le queda mejor.

Claro que lo del café, la gotica en el plátano, el arrasar con los cañaverales, el pescao en el lavamanos y todos los etcéteras, han salido de un mismo cerebro. Uno solo. Un incansable cerebro. Y cuando pintamos al elefante de azul claro, pensamos que así le ganamos una batalla al

enemigo, y con la idea de que los americanos jamás tendrán un elefante tan azul, nos vamos a la casa a lavarnos los dientes con la ceniza, que el socio del hermano resolvió. Aunque el elefante se muera esa noche intoxicado. Es tremendo, Paquito.

Ya lo dijiste tú mismo: «Por fortuna, la incoherencia del mundo parece ser de índole solamente cuantitativa». ¿Por fortuna? Y aquello otro, también precioso, de: «El camino verdadero pasa por una cuerda que no está extendida en lo alto, sino sobre el suelo. Parece preparada más para hacer tropezar, que para seguir su rumbo». ¿Parece? ¿Crees que solo parece?

Te pongo otro par de ejemplos. Dos muestras más de ese pensamiento en forma de sogas en el suelo, para tropezar:

Estaban repartiendo los pollitos de granja. Cuatro pollitos huérfanos para que la gente los terminara de criar. No había pensado en las granjas. El bloqueo te convertía en criador de pollos a domicilio. Una vecina mía fue a buscar sus cuatro pollitos. Los bichos tenían una mirada de desamparo tremenda. Después de una buena cola, le llegó el turno a mi vecina. Le dieron sus cuatro canarios, pero ella no se fue, quiso cambiar un pollo esmirriado por otro igualmente esmirriado. Como argumento decisivo le dijo al encargado de la repartición: «Es que ese tiene el color que le gusta a mi nieto». Todos tenían el mismo color. Y el hombre se lo cambió sin reparos. Yo le escuché, entre dientes, este hermoso canto de victoria, cuando se marchaba, con los ojos soñadores y brillantes: «Ja, ¿me iba a joder a mí? Le tumbé el pollo que me gustaba». Y se fue con paso triunfal. Un paso firme hacia el futuro.

Días más tarde ella estaba pastoreando sus pollitos. Quedaban dos. Pasó un vecino y le dijo: «Juana, ¿tú te sabes el teléfono de Nitza Villapol?».

La vieja levantó la cabeza lentamente, como una alzadora de caña, manteniendo un ojo en cada pollo y buscando un posible gato con el radar de la frente. En su puñetera vida había visto en persona a Nitza Villapol. Es más, hacía rato que no la veía ni por televisión. El aparato estaba roto desde que Gagarin regresó a la Tierra. Pero no se inmutó. Miró al vecino con los ojos llenos aún de plumas amarillas: «No, no tengo su teléfono. ¿Para qué, Bernardo?».

Y Bernardo, —porque el vecino se llamaba Bernardo, por si no te habías dado cuenta—, le dio la vuelta de tuerca que esperaba: «Es que en el mercado dieron fósforos y lechuga. Era para preguntarle qué podía hacer con eso para el almuerzo». La vieja dijo, «Ah», como el de la ceniza y el lavado de la boca. Solo «ah». Y siguió pastoreando a los inquietos pollos. Solo le faltaba el zurrón y una flauta.

¿Eso es normal, Paquito? ¿Esa es la vía para cucarachearse rápido? ¿Es natural, normal, tiene quitina de carapacho? ¿Así empezó Gregorio Samsa? ¿Todo le resbalaba a Gregorio? ¿Tampoco Goyo cogía lucha? ¿Esa es la manera de que te vayan saliendo paticas pelúas por dentro? ¿Y alitas, Paco, alitas carmelitas? ¿Ya con eso uno puede treparse por el techo, entrar a las cañerías, pasarse horas rompiendo bolsitas de polietileno para sembrar café en el balcón, adaptarle al Lada una bujía de Piccolino, echarle un balín de caja de bolas a los frijoles para que se ablanden rápido, pintar la casa con una solución de bicarbonato y cal, pensar que el picadillo de cáscara hace crecer más rápido?

Elige tú, que canto yo, mi hermano. Uno está preparado para lo que sea, como sea y cuando sea. Pero no tanto, a veces. Por lo menos así de pronto.

No olvido que también escribiste un cuento que empezaba así: «Era un día hermoso, y K. quiso salir a pasear. Pero apenas dio dos pasos, llegó al cementerio...»:

- a— K. había bebido azuquín la noche anterior
- b— Había también dos tilapias que lo miraban arrobadas desde la bañadera.
- c— K. estaba como una maruga
- d— Era verdad, pero a K. le importaba un comino. Pensó que era el área de diversiones del Parque Lenin y sacó un tique para la montaña rusa.
- Más desorientado que antes, queda tuyo,

Ramón

ÍNDICE

Ramón, el hombre que amaba las cartas	9
Cómo inventé la isla de Cuba	15
Carta al indio Hatuey	19
Carta a Mamá Inés	23
Carta a Franz Kafka	30
Carta a André Voisin	37
Carta a Rafael María de Mendive	40
Carta a Mariana Grajales	49
Carta a la maleta de la Escuela al Campo	54
Carta a Ubre Blanca	60
Carta al general Panfilov	65
Carta a los Casquitos de Guayaba	70
Carta a Sigmund Freud	76
Carta a la Guayabera	83
Carta a Matías Pérez	89
Carta a los Vegueros de la Rebelión	94
Carta a José Joaquín Palma	100
Carta a Papá Montero	105
Carta a la lata de leche condensada	112
Carta a Rafael Emilio Fortún	118
Carta a la cuchara de calamina	125
Carta a Andarín Félix Carvajal	130
Carta al Caballero de París	135

Carta a La Macorina	141
Carta al Cucalambé	150
Carta a la Caridad del Cobre	157
Carta al tractor Piccolino	164
Carta a El Médico Chino	169
Carta a la momia de Matanzas	178
Carta a Hilarión Cabrisas	185
Carta a Ana Lasalle	191
Carta a Alberto Yarini	200
Carta a Dámaso Pérez Prado	206
Carta a Bonifacio Byrne	211
Carta a los vasos de perga	217
Carta a Ernesto Lecuona	224
Carta a Yuri Gagarin	230
Carta a Carlos J. Finlay	236
Carta a José Antonio Gómez Bujones	242
Carta a Kid Chocolate	248
Carta a la Croqueta Lunajod	254
Carta a Eduardo Saborit	261
Carta a Joaquín María Albarrán	269
Carta a la Ma' Teodora	277
Carta a Agustín Parla Orduña	282
Carta a Salvador Golomón	289
Carta a Ramón Fonst	294
Carta a Blanquita Becerra	300
Carta a Manuel Muñoz Cedeño	307
Carta a la bolsa de polietileno	313
Carta a Tranquilino Sandalio de Noda	320
Carta a Manuel Corona	325
Carta al doctor Aballí	331
Carta a Nitza Villapol	337
Carta a Tomás Romay	343
Carta a Clavelito	348

Carta a Antonio Meucci	355
Carta a Capablanca	363
Carta a Brindis de Salas	369
Carta a Chan Li Pó	375
Carta a Cirilo Villaverde	380
Carta a Diego Velázquez	387
Carta a Manuel de Zequeira y Arango	394
Carta a las Papas Rellenas de 'El Faro'	403
Carta a Elegguá	410
Carta a Federico Miahle	416
Carta a Liborio	422
Carta al manjarí	430

